

El más allá está más acá

ALVARO BISAMA

No hay nada más efectivo para el marketing literario que ofrecer, en tanto condimento de la ficción, la biografía del autor. Los ejemplos sobran, desde Bukowski hasta Donoso, pasando por Bayly, Bolaño y Coelho. Es una trampa agradable: en cierto punto toda novela se vuelve confesional y todo lector, un morbosos *voyeur* que espera descubrir detrás de cada página dónde el autor ha sembrado —como minas de tierra o semillas— elementos de su propia vida. Algunas veces es un juego sutil. Otras, como en la norteamericana Alice Sebold, perturbador.

Alice Sebold fue abusada sexualmente, escribió un libro autobiográfico y ahora presenta una primera novela donde —¿exigencia editorial?, ¿parte de la terapia?— vuelve sobre el tema. La anécdota que narra en *Desde mi cielo* es delirante, extrema y roza de nuevo esa biografía: una chica de 14 años es violada y descuartizada por su vecino, un asesino en serie. La niña va al paraíso y desde ahí cuenta la historia de lo que sigue a su muerte, el proceso de luto de su familia y de la comunidad.

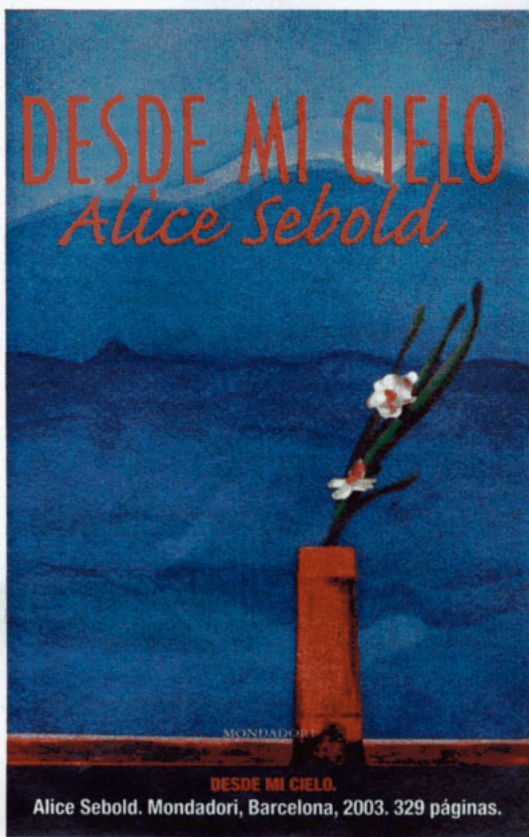
De este modo, lo que podría haber terminado como un texto de autoayuda o un relato de terror, trata la intimidad quebradiza del drama familiar. Eso hace a la novela un texto realista, a pesar de que parte sustancial de su trama esté consagrada a la vida ultraterrena, la mente de un *serial killer* y el fetichismo necrófilo. Por el contrario, lo que vale es cómo Susie Salmon, la fantasma/narradora, detalla el lento proceso en el cual su familia se desmantela desde el momento mismo de su asesinato.

Su voz expone la fractura paulatina del hogar: el padre que se apaga, la madre que escapa, la hermana cerrada en sí misma y el hermano que debe cargar para siempre con la memoria de alguien a quien apenas recuerda. De ahí que las mejores páginas de *Desde mi cielo* no estén en la mente torcida de George Harvey, el asesino, sino en las zonas donde Susie narra cómo su presencia se encuentra, se difumina y se vuelve inabordable, luminosa u oscura para sus seres queridos. Es una paradoja: *Desde mi cielo* es conmovedora en lo íntimo, pero al tocar lo fantástico o el policial (la compañera obsesa con la muerte, la escena final de sexo vía espiritismo, la biografía de un sicópata de medio pelo) pierde eficacia narrativa.

Aún así vale la pena. Se trata de un *best seller* cuasi perfecto (dos tercios impecables, un último que tambalea), que supera con creces el efecto marketero del pasado de su autora. En sintonía con *La segunda oportunidad*, de Coupland,

gran parte de su belleza radica en la distancia desde la que Susie Salmon mira desde un más allá —parecido a la zona de juegos de un McDonalds— hacia un más acá hecho de cotidiano desastre. Cero teología. En vez de estar carcomida por la culpa, Susie/Sebold es un fantasma feliz que narra su horror con liviandad casi *naïf*. Vitalidad pura traducida en ironía literaria.

“¿Para qué sirve la literatura hoy en día si no es para hacer hablar a los muertos?”, se preguntaba alguna vez el francés Frédéric Beigbeder. Sebold responde de la mano de Susie: el personaje más normal, más vivo, de la novela es justamente su fantasma. Algo luminoso y contradictorio. Sospechosamente hermoso.



Alice Sebold. Mondadori, Barcelona, 2003. 329 páginas.